

La incertidumbre de los signos

SIGNOS. Ya sea que quiera probar su amor o que se esfuerce por descifrar si el otro lo ama, el sujeto amoroso no tiene a su disposición ningún sistema de signos seguros.

Balzac

1. Busco signos, pero ¿de qué? ¿Cuál es el objeto de mi lectura? ¿Es: soy amado (no lo soy ya, lo soy todavía)? ¿Es mi futuro lo que intento leer, descifrando en lo que está inscrito el anuncio de lo que me va a ocurrir, según un procedimiento que tendería a la vez a la paleografía y a la adivinación? ¿No es más bien, en resumidas cuentas, que quedo suspendido en esta pregunta, de la que pido al rostro del otro, incansablemente, la respuesta: *cuánto valgo?*

Stendahl

2. La potencia de lo Imaginario es inmediata: no busco la Imagen, me llega bruscamente. De inmediato la examino en forma retrospectiva y me pongo a hacer alternar, interminablemente, el bueno y el mal signo: “¿Qué quieren decir esas palabras tan breves: tienes toda mi estima? ¿Es posible algo más frío? ¿Es un retorno perfecto a la vieja intimidad? ¿Es una manera cortés de salir al paso de una explicación desagradable?” Como el Octavio de Stendhal, no sé nunca lo que es *normal*; privado (lo sé) de toda razón, quiero refugiarme, para decidir acerca de una interpretación, en el sentido común; pero el sentido común no me suministra más que evidencias contradictorias: “¿Qué quieres, no es normal a pesar de todo salir en plena noche y regresar cuatro horas después!”, “Es sin embargo muy normal dar una vuelta cuando se tiene insomnio”, etc. A quien quiere la verdad no se le responde nunca más que por imágenes fuertes y vivas, pero que se hacen ambiguas, flotantes, en el momento en que se intenta transformarlas en signos: como en toda adivinación el consultante amoroso debe hacer él mismo su verdad.

Freud
Gide

3. Freud a su prometida: “Lo único que me hace sufrir es estar imposibilitado de probarte mi amor.” Y Gide: “Todo en su comportamiento parecía decir: puesto que no me ama nada me importa. Ahora bien, yo la amaba todavía, e incluso nunca la había amado tanto; pero probárselo me era imposible. Ahí estaba, sin duda, lo más terrible.”

Los signos no son pruebas porque cualquiera puede producirlos falsos o ambiguos. De ahí ese volverse, paradójicamente, sobre la

omnipotencia del lenguaje: puesto que nada asegura el lenguaje, tendré al lenguaje por la única y última seguridad: *no creeré ya en la interpretación*. De mi otro recibiré toda palabra como un signo de verdad: y cuando sea yo el que hable, no pondré en duda que recibe como verdadero lo que diga. De donde se deduce la importancia de las *declaraciones*; quiero permanentemente arrancar al otro la fórmula de su sentimiento y le digo incesantemente por mi parte que lo amo: nada es dejado a la sugestión, a la adivinación: para que una cosa sea sabida es necesario que sea dicha; pero también, desde que es dicha, muy provisionalmente, es verdad.

BALZAC: "Ella era entendida y sabía que el carácter amoroso se cifra de algún modo en las cosas sin importancia. Una mujer instruida puede leer su porvenir en un simple gesto, así como Cuvier sabía decir viendo el fragmento de una pata: esto pertenece a un animal de tal dimensión, etc." (*Les secrets de la princesse de Cadignan*).

STENDHAL, *Armance*, 57.

FREUD, *Correspondance*, 36.

GIDE, *Journal*, 1939, 11.

“Ningún sacerdote lo acompañó”

SOLO. La figura remite no a lo que puede ser la soledad humana del sujeto amoroso sino a su soledad “filosófica”, al no hacerse cargo hoy del amor - pasión ningún sistema importante de pensamiento (de discurso).

- Werther
- Etimología
- Banquete
1. ¿Cómo se llama a ese sujeto que se obstina en un “error”, contra todos, como si tuviera ante él la eternidad para “equivocarse”? – Se lo llama un *recalcitrante*. Ya sea de un amor a otro o en el interior de un mismo amor no dejo de “recaer” en una doctrina interior que nadie comparte conmigo. Cuando el cuerpo de Werther es conducido de noche a un rincón del cementerio, cerca de los dos tilos (el árbol del perfume simple, del recuerdo y del adormecimiento), “ningún sacerdote lo acompañó” (es la última frase de la novela). La religión no condena solamente, en Werther, al suicida, sino también, quizás, al enamorado, al utópico, al desclasado, a aquel que no está “religado” sino a sí mismo.
 2. En *El banquete*, Erixímaco comprueba con ironía que ha leído en alguna parte un panegírico de la sal, pero nada sobre Eros; y es porque Eros está censurado como tema de conversación que la pequeña sociedad del *Banquete* decide hacer de él la materia de su mesa redonda: se dirían intelectuales de hoy aceptando discutir a contracorriente, precisamente del Amor y no de política, del Deseo (amoroso) y no de la Necesidad (social). La excentricidad de la conversación proviene de que dicha conversación es sistemática: lo que los convidados intentan producir no son declaraciones probadas, relatos de experiencias, sino que es una doctrina: Eros es para cada uno de ellos un sistema. Hoy, sin embargo, no hay ningún sistema del amor: y los sistemas que rodean al enamorado contemporáneo no le reservan ningún lugar (a no ser un lugar devaluado): por más que se vuelva hacia tal o cual de los lenguajes recibidos, ninguno le responde, si no para alejarlo de lo que ama. El discurso cristiano, si todavía existe, lo exhorta a reprimir y sublimar. El discurso psicoanalítico (que, al menos, describe su estado), lo obliga a privarse a su pesar de su Imaginario. En cuanto al discurso marxista, no dice nada. Si se apodera de mí el deseo de golpear a estas puertas para hacer reconocer *en alguna parte* (donde sea) mi “locura” (mi “verdad”), una tras otra esas puertas se cierran; y cuando están todas cerradas se forma en torno mío un muro de lenguaje que me entierra,

me oprime y me rechaza –a menos que muestre *arrepentimiento* y acepte “*deshacerme de X...*”

(“En mi pesadilla, vi a la persona amada aquejada por un malestar en plena calle y pedí con angustia un remedio; pero todos los que pasaban se lo rehusaban airadamente, a pesar de mis idas y venidas enloquecidas; la angustia de esta persona tomaba un cariz histérico, y yo se lo reprochaba. Comprendí un poco más tarde que esa persona era yo –desde luego; ¿con quién otro soñar?–: apelé ahí a todos los lenguajes (los sistemas) circulantes, rechazado por ellos y reclamando a coro y a gritos, *indecentemente*, una filosofía que ‘me comprenda’ –‘me recoja’”).

- Banquete
- Rusbrock
3. La soledad del enamorado no es una soledad de persona (el amor se confía, habla, se relata), es una soledad de sistema: estoy solo para hacer el sistema (tal vez porque soy incesantemente compelido hacia el solipsismo de mi discurso). Paradoja difícil: puedo ser entendido por todo el mundo (el amor viene de los libros, su dialecto es corriente) pero no puedo ser escuchado (recibido “proféticamente”) sino por sujetos que tienen *exactamente y presentemente* el mismo lenguaje que yo. Los enamorados, dice Alcibíades, son semejantes a aquellos a quienes ha mordido una víbora: “No quieren, se dice, hablar de su accidente a nadie, salvo a los que han sido víctimas de una circunstancia semejante, como si fueran los únicos capaces de concebir y de excusar todo lo que ellos han osado decir y hacer bajo el efecto del sufrimiento”: pobre legión de “Difuntos famélicos”, de Suicidas de amor (¿cuántas veces no se suicidará un mismo enamorado?), a quienes ningún gran lenguaje (salvo, fragmentariamente, el del Romance pasado) presta su voz.

4. Como el antiguo místico, mal tolerado por la sociedad eclesial en la que vivía, en tanto sujeto amoroso, no enfrento ni contesto: simplemente no dialogo: con los aparatos de poder, de pensamiento, de ciencia, de gestión, etc.; no estoy forzosamente “despolitizado”: mi desviación es la de no ser “excitado”. En reciprocidad, la sociedad me somete a una curiosa inhibición, a cielo abierto: nada de censura, nada de interdicción: estoy solamente suspendido *a humanis*, lejos de las cosas humanas, por un decreto tácito de insignificancia: no formo parte de ningún repertorio, de ningún refugio.

5. Porque estoy solo:

“Todo el mundo tiene su riqueza,

Tao

sólo yo parezco desposeído.
Mi espíritu es el de un ignorante
porque es muy lento.
Todo el mundo es clarividente,
sólo yo estoy en la oscuridad.
Todo el mundo tiene espíritu perspicaz,
sólo yo tengo el espíritu confuso,
que fluctúa como el mar, que sopla como el viento.
Todo el mundo tiene su fin preciso,
sólo yo tengo el espíritu obtuso del campesino.
Sólo yo difiero de los otros hombres
porque me aferró al pecho de mi Madre.”

WERTHER, 151.

ETIMOLOGÍA: *religare*, “ligar”, “atar de nuevo”, “enlazar”, “juntar”.

BANQUETE, 37.

BANQUETE, 167.

TAO: *Tao Te King*, xx, 85.

Ideas de suicidio

SUICIDIO. En el campo amoroso, el deseo de suicidio es frecuente: una pequeñez lo provoca.

1. Por la menor herida tengo deseos de suicidarme: cuando uno lo medita, el suicidio amoroso no tiene un motivo preferente. La idea es ligera: es una idea fácil, simple, una especie de álgebra rápida de la que tengo necesidad en ese momento de mi discurso; no le doy ninguna consistencia sustancial, ni preveo el grave decorado, las consecuencias triviales de la muerte: apenas sé cómo me suicidaré. Es una frase, solamente una frase, que acaricio sombríamente, pero de la que una pequeñez me va a apartar: “Y el hombre que durante tres cuartos de hora había pensado en terminar con su vida, subía al instante sobre una silla para buscar en su biblioteca el catálogo de los cristales de Saint-Gobain.”
Stendahl
 2. A veces vivamente iluminado por alguna circunstancia fútil y arrastrado por la resonancia que provoca, me veo de golpe preso en una trampa, inmovilizado en una situación (un sitio) imposible: no hay más que dos salidas (*o bien... o bien...*) y ambas igualmente bloqueadas: por los dos costados no puedo sino callarme. La idea de suicidio, entonces, me salva, porque *puedo contarla* (y no me privo de ello): renazco y coloreo esta idea con los colores de la vida, ya sea que la dirija agresivamente contra el objeto amado (chantaje bien conocido) o que me una fantasmáticamente a él en la muerte (“Descenderé a la tumba para arrebujaarme contra ti”).
Heine
 3. Después de haberlo discutido los sabios llegaron a la conclusión de que los animales no se suicidan; a lo máximo algunos –caballos, perros– tienen deseos de mutilarse. Sin embargo, es a propósito de caballos que Werther da a entender la *nobleza* que marca todo suicidio: “Se cuenta de una noble raza de caballos que, cuando se sienten terriblemente acosados y fatigados, por instinto se abren ellos mismos una vena, de una dentellada, para respirar más libremente. Así me ocurre muy a menudo: querría abrirme una vena que me diera la libertad eterna.”
Werther
- Gide
Necedad de Gide: “Acabo de releer *Werther* no sin irritación. Había olvidado que empleaba tanto tiempo en morir [lo que es

completamente falso]. Esto no acaba nunca y uno querría darle un empujón. A las cuatro o cinco recuperaciones, lo que se esperaba, su último suspiro, es seguido por otro más último todavía [...] las partidas ornamentadas me exasperan." Gide no sabe que, en la novela de amor, el héroe es *real* (porque está hecho de una sustancia absolutamente proyectiva en la que se ensimisma todo sujeto amoroso) y que lo que él anhela es la muerte de un hombre, es *mi* muerte.

STENDHAL, *Armance*, 25.

HEINE, *Lyrisches Intermezzo*, 52, 231.

WERTHER, 83.

GIDE, *Journal*, 1940, 66.